

G. K. Chesterton  
La ética en el País  
de los Duendes



selección **doce uvas**

**RIALP**

GILBERT KEITH CHESTERTON

# La ética en el País de los Duendes

Traducción, introducción y notas de Juan Luis Lorda

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID

© 2019 de la versión española realizada por JUAN LUIS LORDA  
by EDICIONES RIALP, S. A.  
Colombia 63, 8.º A, 28016 Madrid ([www.rialp.com](http://www.rialp.com))

Realización ePub: [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)  
ISBN (versión impresa): 978-84-321-5144-6  
ISBN (versión digital): 978-84-321-5145-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

PRÓLOGO

LA ÉTICA EN EL PAÍS DE LOS DUENDES

AUTOR

## PRÓLOGO

G. K. Chesterton (1874-1936) es considerado, con toda razón, uno de los ensayistas más originales del siglo XX y un gran apologista cristiano. *Ortodoxia* es su libro más central y el que mejor le define.

Basado en su itinerario personal, muestra cómo brilla la fe cristiana entre la humareda mental del siglo XX, entre ideas y propósitos que, en buena parte y como le gustaba considerar, representan virtudes cristianas “que se han vuelto locas”. Y se han vuelto locas, precisamente, al perder su relación con la fe y el sentido común.

Lo admirable de Chesterton es que, sin ponerse tenso ni maltratar a nadie, recuperando el centro del sentido común y con un aplastante sentido del humor, cargó y disolvió ese inmenso paquete. Así se ha ganado la admiración y simpatía de personas que se podría pensar, con razón, que estaban muy lejos de sus posiciones. Le sucedió en vida, especialmente con Bernard Shaw, gran amigo y contrincante ideológico. Y le ha sucedido después, por ejemplo, con Jorge Luis Borges o con Fernando Savater, que se reconocen admiradores suyos. El primero, por lo literario de sus paradojas. El segundo, en cambio, por la fuerza y seriedad de su divertida dialéctica. Borges lo seleccionó y prologó en su Biblioteca de Babel. Y Savater hizo en *Babelia* una admirable y genial reseña de varios de sus libros (se llama *El hombre que fue Chesterton*).

Chesterton era tan eficaz dialécticamente porque él mismo había recuperado el centro en un proceso personal de conversión. Su vida había seguido el itinerario de la cultura occidental. Perdió en su juventud la poca fe cristiana que le habían transmitido su familia y el anglicanismo ambiental que todavía se respiraba en Inglaterra. Y, en medio de las tradicionales dudas de un joven ante su futuro, cayó en un pesimismo consecuente. Compartió, en gran medida, las convicciones del materialismo y de muchos agnosticismos. En consecuencia, se le apagaron, como a tanta parte de la cultura occidental, el sentido del universo y de su vida. Por eso, conoció y sintió en lo más íntimo la fuerte relación entre fe en Dios y sentido.

Desde abajo comenzó el itinerario de su conversión al recuperar, como en oleadas, algunas sanas y grandes convicciones que habían quedado en su alma desde su niñez. Precisamente, en el trato con su niñera, con los cuentos de hadas y las novelas de aventuras. Es lo que cuenta en *Ortodoxia*, y también en su *Autobiografía*. En un momento dice:

Esta era mi primera convicción; forjada por el choque de mis emociones infantiles con el credo moderno del cientifismo que me encontré a mitad de camino. Yo había sentido siempre vagamente que los hechos eran en realidad milagros, en el sentido de que son maravillosos. Ahora empecé a pensar en ellos como milagros, en el sentido estricto de que eran deliberadamente queridos. (...) siempre había creído que en el mundo había magia, pero ahora empecé a pensar que quizás había un mago.

Leído con un poco de prisa, Chesterton puede despistar con su recurso a las metáforas y su constante *reductio ad absurdum*. Puede parecer un poco excesivo, forzado y

superficial. Pero esto es porque no se percibe lo que está en juego y no se advierte dónde se apoya todo, lo que se critica y lo que se defiende.

A los humanos nos afecta mucho el ser sociales. De manera que tienden a parecernos obvias las convicciones que todo el mundo sostiene y también sus rechazos. Con su proceso personal, Chesterton alcanzó la gracia de ser profundamente independiente, y eso mismo le dio una posición privilegiada para un discernimiento clarividente de enorme calado cultural. Si no nos resulta siempre tan obvio como a él, es precisamente porque vivimos más afectados por la ósmosis cultural.

Lo que Chesterton tiene delante se parece bastante a lo que tenemos hoy. En primer lugar, un materialismo que impregna desde abajo la mentalidad de la época y tiene un fundamento científico difuso. Ha arrinconado sin batallar otras fantasías anteriores del pensamiento, idealistas por ejemplo, y las ha convertido en antiguallas sin crédito. Este materialismo se basa en el sencillo hecho de que la ciencia moderna, desde hace doscientos años, ha llegado a comprender con seguridad cómo se han hecho los objetos materiales y los seres vivos que observan nuestros sentidos. Y con eso cree saberlo todo, aunque todavía no comprende ni puede explicar por qué se ha producido un milagro semejante a partir de la nada y sin ningún designio. Y tampoco puede explicar lo que somos y pensamos los humanos, porque nuestra conciencia con nuestro pensamiento y libertad no es material. Pero está tan seguro y orgulloso de lo que sabe que no se da cuenta de lo que no sabe.

La segunda gran “herejía” que combate Chesterton es el escepticismo filosófico y el relativismo moral que, bajo múltiples formas, se extendieron en su época y han seguido extendiéndose en la nuestra. En parte surgieron como cansancio ante la sucesión de fantasías del pensamiento filosófico. Se generó una sospecha universal sobre el valor de la verdad filosófica y moral. El escepticismo ha mostrado siempre su debilidad congénita al afirmar con seguridad que no se pueden hacer afirmaciones seguras. Chesterton explota de múltiples maneras este paradójico y recurrente vicio de origen.

Además, está todo el inmenso cúmulo de críticas modernas a la Iglesia que, en parte, están justificadas por las miserias de los cristianos. Pero en buena medida son expresión de resentimientos y envidias innobles. Chesterton llegará a la conclusión de que toda esa inmensa madeja de objeciones contradictorias entre sí no solo no quitan, sino que dan razón a la fe cristiana.

«Si se me pregunta como una cuestión puramente teórica por qué creo en el cristianismo, solo puedo responder: ‘Por la misma razón por la que un agnóstico inteligente no cree en él’. Creo en él racionalmente y basándome en pruebas. Pero en mi caso las pruebas, como en el del agnóstico inteligente, no radican en esta o aquella supuesta demostración, sino en una gigantesca acumulación de hechos pequeños y coincidentes. (...) Cada vez que considero estas verdades anticristianas descubro simplemente que ninguna de ellas tiene razón».

JUAN LUIS LORDA

## LA ÉTICA EN EL PAÍS DE LOS DUENDES[1]

Cuando un hombre de negocios quiere rebajar el idealismo del chico de la oficina, le dice este tipo de cosas: «Sí, claro, cuando uno es joven tiene esos ideales utópicos, esos castillos en el aire, pero cuando te haces mayor, se esfuman como las nubes y entonces empiezas a creer en la política práctica, y aprovechar los recursos que tienes y amoldarte al mundo real tal como es». Esto era, al menos, lo que solían decirme cuando era joven algunos venerables y filantrópicos ancianos que hoy descansan en sus honradas tumbas. Pero cuando me he hecho mayor, he descubierto que lo que me decían esos filantrópicos caballeros es totalmente falso: sucede exactamente lo contrario.

Dicen que debería haber perdido mis ideales y empezado a creer en los métodos prácticos de la política. Pero no he perdido mis ideales en lo más mínimo; mi fe en lo fundamental es exactamente igual que siempre. Lo que he perdido es mi antigua fe infantil en la práctica política. Me siento más implicado que nunca en la Batalla de Armagedón; pero, en cambio, muy poco interesado en las elecciones generales. Y eso que cuando era niño corría a los brazos de mi madre cada vez que las mencionaban. No, el ideal siempre es sólido y seguro. El ideal siempre está. Lo que a menudo resulta un fraude es la realidad.

Ahora, como siempre, más que nunca, creo en el Liberalismo. Pero hubo una época rosa e inocente en que también creía en los liberales. Escojo este ejemplo de una de mis creencias permanentes porque tengo que describir ahora las raíces de mi pensamiento y creo que ésta es la única que puede ser tenida como una inclinación positiva.

Me crié como un liberal y siempre he creído en la democracia, en la doctrina liberal fundamental de que la humanidad debe gobernarse por sí misma. Por si a alguien le parece vaga o muy trillada esta idea, me entretengo sólo un momento para explicar que el fundamento de la democracia —tal como yo lo entiendo— puede resumirse en dos principios.

El primero es que los rasgos comunes de todos los hombres son más importantes que los rasgos singulares de cada uno. Las cosas ordinarias son más valiosas que las extraordinarias; es más, son más extraordinarias. El hombre en general es más tremendo que los hombres. El milagro de la humanidad, en cuanto tal, resulta siempre más fascinante que todas las maravillas particulares del poder, la inteligencia, el arte o la civilización. Tendríamos que darnos cuenta de que el hombre normal, en cuanto tal, es más dramático que cualquier música y más llamativo que cualquier caricatura. La muerte en sí misma también es más dramática que la muerte de hambre. Y tener nariz resulta en sí mismo más cómico que tener una nariz enorme. Este es el primer principio de la democracia: que lo verdaderamente esencial en el hombre son los rasgos comunes, no los singulares de cada uno.

Y el segundo principio es sencillamente este: que el instinto o el interés político es uno de los rasgos comunes de los hombres. Enamorarse es más poético que ser poeta, pero

son cosas distintas. La enjundia de la democracia es que gobernar (ayudar a regular la tribu) es como enamorarse y no como ser poeta. No es como tocar el órgano en la iglesia, iluminar un pergamino o descubrir el Polo Norte (costumbre realmente molesta últimamente), rizar el rizo, ser astrónomo de la Casa Real o cosas por el estilo. No nos parece bien que cualquiera haga esas cosas, sino sólo el que sabe hacerlas. En cambio, gobernar es como escribir uno mismo sus propias cartas de amor o sonarse las narices. Preferimos hacer estas cosas cada uno, aunque no las hagamos bien. No estoy defendiendo aquí la verdad de estas ideas. Ya sé que algunos modernos defienden que los científicos deberían escogerles sus mujeres[2] y, a este paso, —por lo que veo— pronto reclamarán asistencia para que les limpien las narices. Yo sólo digo que la humanidad reconoce que estas funciones humanas son comunes, y que la doctrina democrática incluye entre ellas el gobierno. En resumen, la fe democrática consiste en esto: que las cuestiones más importantes deben estar en manos de los hombres normales, como las relaciones entre los sexos, la educación de los jóvenes y las leyes del estado. En esto consiste la democracia, y en esto he creído siempre.

Pero hay algo que no he podido entender desde que era joven. Nunca he entendido de dónde saca la gente la idea de que la democracia es contraria a la tradición. Porque es evidente que la tradición es sólo la democracia extendida en el tiempo. Se trata de confiar en el consenso de las opiniones comunes más que en testimonios aislados o arbitrarios. Por ejemplo, el que se basa en un libro de historia de Alemania para atacar la tradición de la Iglesia Católica, está recurriendo a un planteamiento aristocrático. Porque pone la opinión de un experto por encima de la tremenda autoridad de la masa.

Es fácil ver por qué a las leyendas se les trata —y se les debe tratar— con más respeto que a los libros de historia. Generalmente, la leyenda ha sido hecha por la mayoría del pueblo, que es gente muy sensata. En cambio, el libro suele estar escrito por el tipo más loco del pueblo. Los que argumentan contra la tradición diciendo que los hombres del pasado eran ignorantes, deben ir al Carlton Club[3], donde están todos de acuerdo en que los votantes de los suburbios son unos ignorantes. Pero esto no nos va. Si damos gran importancia a la opinión mayoritaria de la gente normal cuando se trata de cuestiones ordinarias, no hay razón para que desconfiemos de ella cuando se trata de historia y de leyendas.

Tradición significa dar voz y voto a la más oscura de todas las clases sociales, la de nuestros antepasados. Es la democracia de los muertos. La tradición rechaza someterse a la pequeña y arrogante oligarquía de los que, sólo por casualidad, siguen sobre la tierra. Todos los demócratas rechazan que se pueda discriminar a una persona por su nacimiento. La tradición rechaza que se pueda discriminar a una persona por su muerte. La doctrina democrática nos enseña a no despreciar la justa opinión de nadie, aunque sea nuestro criado; la tradición nos pide que no despreciemos la justa opinión de nadie, aunque sea nuestro padre. No veo cómo separar en ningún caso las dos ideas de democracia y tradición; porque me parece evidente que son la misma idea. Tenemos que tener a los muertos en nuestras asambleas. Los antiguos griegos votaban con piedras y

estos votan con lápidas. Es perfectamente reglamentario y oficial, porque la mayoría de las lápidas, como los votos, se marcan con una cruz.

Ya he dicho al principio que si tenía alguna inclinación de pensamiento, ha sido siempre a favor de la democracia, y en esa misma medida, de la tradición. Estoy contento de haberme detenido en esta ecuación personal antes de que entremos en mis comienzos teóricos y especulativos. Siempre me he sentido más inclinado a confiar en el acierto de la gente trabajadora que en la excéntrica y pedante clase literaria a la que pertenezco. Prefiero las fantasías y prejuicios de la gente normal, que ve la vida desde dentro, que las más lúcidas declaraciones de la gente que ve la vida desde fuera. Siempre me inspirarán más confianza las fabulaciones de las casadas que los hechos de las solteras. No me importa que un instinto maternal sea todo lo rudo que se quiera con tal que sea un instinto maternal.

Ahora tengo que presentar mi postura general y no pretendo dar lecciones. Lo voy a hacer exponiendo, una tras otra, las tres o cuatro ideas fundamentales que he encontrado por mi cuenta y, en lo posible, el modo en que las encontré. Después, a grandes rasgos, las sintetizaré resumiendo mi filosofía personal o religión natural. Finalmente, describiré mi sorprendente descubrimiento de que todo esto ya estaba descubierto, porque lo había descubierto el Cristianismo.

La primera de todas las profundas convicciones que tengo que contar en orden, tiene que ver con un elemento de la tradición popular. Y sin lo que acabo de decir sobre la tradición y la democracia, difícilmente podría explicar mi experiencia interior. En realidad, no sé si seré capaz de hacerlo, pero lo voy a intentar.

Mi primera y última convicción filosófica, en la que creo con una seguridad inquebrantable, la aprendí en el cuarto de los niños. Y casi todo lo aprendí de un ama, sacerdotisa y representante, al mismo tiempo, de la democracia y de la tradición. En lo que más creí entonces y en lo que más creo ahora es en los “cuentos de hadas” (*Fairyland*). Me parecen la cosa más razonable del mundo. No son puras fantasías si se las compara con otras cosas que sí lo son. A su lado, la religión y el racionalismo resultan cosas extrañas; aunque la religión es extrañamente cierta y el racionalismo extrañamente falso.

El mundo de los cuentos de hadas no es más que el luminoso país del sentido común. No le toca a la tierra juzgar el cielo, sino al cielo juzgar la tierra. Desde luego, para mí, en aquella época, no era la tierra la que juzgaba el País de los Duendes (*Elfland*), sino el País de los Duendes el que juzgaba la tierra. Supe de la vara de la mata de habas [la varita mágica] mucho antes de haber podido comer habas. Y estaba seguro de que existía el hombre de la luna, antes de estar seguro de que existía la luna. Y lo mismo con las demás tradiciones populares.

Los poetas menores modernos son naturalistas y cantan a las plantas y a los arroyos; pero los cantores de las antiguas epopeyas y fábulas eran sobrenaturalistas y cantaban a los dioses de los arroyos y de las plantas. Se quejan los modernos de que los antiguos «no apreciaban la Naturaleza»: pero ellos pensaban que la Naturaleza era divina. Las

antiguas amas no hablaban a los niños de la hierba, sino de las hadas que danzan en la hierba; y los antiguos griegos no eran capaces de ver árboles sino dríadas.

Pero yo tengo que tratar aquí de lo que la ética y la filosofía deben a los cuentos de hadas. Si tuviera que describirlo con detalle podría enumerar los muchos nobles y sanos principios que de allí proceden. Fijémonos, por ejemplo, en la caballerosa lección de *Jack, el Vencedor de los Gigantes*[4], que nos enseña que hay que matar a los gigantes, precisamente porque son gigantes. Es una rebelión en toda regla contra el orgullo. Pues el rebelde es más antiguo que todos los reinos y lo jacobeo tiene más tradición que los jacobitas. Tenemos también la lección de *La Cenicienta*, que es la misma que el *Magnificat*[5] —*Exaltavit humiles* (exaltó a los humildes)—. Tenemos la gran lección de *La Bella y La Bestia*[6], que enseña que las cosas deben ser amadas antes de que parezcan amables. Está la alegoría tremenda de *La Bella Durmiente*, que nos cuenta que la criatura humana fue bendecida al nacer con todos los dones, maldecida con la muerte, y cómo la muerte puede ser más dulce si se convierte en sueño.

Pero no me interesan por separado cada una de las reglas del País de los Duendes, sino el espíritu general de su ley, que aprendí antes de que pudiera hablar y espero conservar cuando ya no pueda escribir. Me interesa cierto modo de mirar la vida que los cuentos de hadas crearon en mí, y que desde entonces ha sido suavemente confirmado por los hechos puros y duros.

Este modo podría describirlo así. Hay secuencias de hechos o desarrollos (cuando unas cosas vienen detrás de otras), que son, en el sentido estricto de la palabra, razonables. También las hay que son, en el sentido estricto de la palabra, necesarias, como los desarrollos matemáticos o puramente lógicos. En el País de las Duendes —que son las criaturas más razonables del mundo— se admite esta razón y esta necesidad. Por ejemplo, si las hermanastras fueran mayores que la Cenicienta[7] es necesario (con una necesidad estricta y tremenda) que la Cenicienta sea más joven que sus hermanastras. Esto no tiene vuelta de hoja.

Haeckel[8] puede decir lo que quiera sobre la fatalidad de los hechos, pero tiene que aceptar esta lógica: si Jack es el hijo de un molinero, un molinero es el padre de Jack. La fría razón lo establece así desde su terrible trono y nosotros en el País de las Duendes nos sometemos. Si los tres hermanos van a caballo, hay en juego seis animales y dieciocho patas. Esto es puro racionalismo, y en el País de las Duendes hay todo el que se quiera.

Pero cuando saco la cabeza del mundo de los Duendes y la meto en el mundo natural, observo algo curiosísimo. Veo que hay personas cultas y gafosas que hablan de los acontecimientos actuales (lo que surge y desaparece), como si fueran cosas absolutamente lógicas e inevitables. Hablan del hecho de que los árboles den fruto como si fuera tan necesario como el que dos árboles más un árbol suman tres árboles. Pero esto no cuadra. Hay demasiada diferencia con los criterios del País de las Duendes, que son los criterios de la imaginación. Nadie puede imaginar que dos árboles más un árbol no sumen tres árboles. Pero es muy fácil imaginar árboles que no den frutas, sino candeleros de oro o tigres colgados por la cola.

Estas personas gafosas hablan mucho de un hombre llamado Newton, al que le cayó una manzana y descubrió una ley. Pero quizá no llegan a ver la distinción entre una verdadera ley, una ley de la razón, y el mero hecho de que las manzanas caigan. Si la manzana le da a Newton en la nariz, la nariz de Newton le da a la manzana. Esto es una necesidad verdadera, porque no podemos pensar que sucede una cosa sin que suceda la otra. Pero podemos concebir perfectamente que la manzana no le diera en la nariz. Podemos imaginarnos perfectamente a la manzana volando a toda prisa por el aire hasta darle en la nariz a otro, simplemente porque le tiene manía.

En nuestros cuentos de hadas, siempre hemos mantenido esta clara distinción entre la ciencia de las relaciones lógicas, en la que hay verdaderas leyes, y la ciencia de los hechos físicos, en la que no hay leyes, sino sólo misteriosas repeticiones. Creemos en el milagro físico, pero no en lo mentalmente imposible. Creemos que la vara de las habas puede crecer hasta el cielo, pero esto no confunde nuestras convicciones sobre la cuestión filosófica de cuántas habas hacen falta para sumar cinco.

En esto consiste la peculiar perfección del tono y verdad de los cuentos infantiles. El hombre de ciencia dice: «Corta la rama, y la manzana caerá». Y lo dice tan tranquilo, como si una cosa implicara necesariamente la otra. La bruja del cuento de hadas dice: «Toca el cuerno y el castillo del ogro caerá»; pero no lo dice como si el efecto tuviera que seguir necesariamente a la causa. Sin duda la bruja ha dado el mismo consejo a muchos héroes, y ha visto caer muchos castillos, pero no ha perdido su capacidad de asombro ni su razón. No ha confundido su mente hasta el punto de imaginar que existe una conexión lógica entre el cuerno que suena y la torre que cae.

En cambio, los científicos han confundido sus mentes hasta el punto de imaginar una conexión lógica necesaria entre la manzana que se desprende del árbol y el hecho de que llegue al suelo. Hablan como si hubieran encontrado no sólo un maravilloso tipo de hechos, sino también la verdad que los relaciona. Hablan como si la relación física entre dos hechos curiosos provocara la relación lógica. Están convencidos de que como una cosa incomprendible sigue habitualmente a otra cosa incomprendible, juntando las dos, dejan de ser incomprendibles. Así, dos enigmas misteriosos suman una solución clara.

En el País de los Duendes, evitamos cuidadosamente la palabra “ley”, pero en el país de la ciencia son muy aficionados a usarla. Por ejemplo, a una interesante hipótesis sobre como pronunciaban el alfabeto algunos pueblos desaparecidos, le llaman la Ley de Grimm. Pero la Ley de Grimm es mucho menos inteligente que los Cuentos de Hadas de Grimm[9]. Los cuentos eran, al cien por cien, verdaderos cuentos, mientras que la ley en realidad no es una ley. Hablar de una ley implica que conocemos la naturaleza de la generalización y ratificación que supone, y no sólo que tenemos una vaga idea de sus efectos. Si una ley dice que los carteristas irán a la cárcel, entendemos que implica una conexión mental entre la idea de prisión y la idea de robar la cartera. Comprendemos la relación. Y podemos explicar por qué privamos de libertad a alguien que se toma tantas libertades con nuestra cartera. Pero no podemos explicar que un huevo se convierta en un pollo, más de lo que podemos explicar que un oso se convierta en un príncipe azul. En cuanto tales, la idea del huevo y la del pollo están más alejadas entre sí que las del

oso y el príncipe. Porque el huevo en cuanto tal no se parece al pollo; pero hay príncipes que pueden pasar por osos.

Una vez comprobado que ocurren ciertas transformaciones es esencial que las miremos con el estilo filosófico de los cuentos de hadas y no con el estilo afilosófico de la ciencia y de las “Leyes de la naturaleza”. Cuando nos preguntamos por qué los huevos se convierten en pájaros o los frutos caen en el otoño, tenemos que responder exactamente igual que el Hada Madrina respondería a la Cenicienta si le preguntara por qué los ratones se convierten en caballos y sus vestidos se esfuman al dar las doce de la noche. Tendríamos que responder que en el fondo es magia y misterio.

No podemos decir que es una “ley” porque no llegamos a entender su fórmula general. No se ve que haya necesidad. Por eso, aunque suponemos que va a suceder, no tenemos derecho a suponer que vaya a suceder siempre. No hay más argumento en favor de que existe una ley inalterable (como Huxley[10] imaginó) que el hecho de que nosotros contamos con el curso ordinario de las cosas. En realidad, más que contar con ese curso ordinario, apostamos por él. Y nos arriesgamos a la remota posibilidad de que se produzca un milagro, lo mismo que a comer alguna vez un buñuelo envenenado o a que un cometa destruya el mundo. Ordinariamente, no lo tenemos en cuenta, no porque el milagro sea imposible, sino porque es una excepción.

Todos los términos usados en los libros científicos: “ley”, “necesidad”, “orden”, “tendencia” y otros, son realmente impensables porque suponen una síntesis interna que no poseemos. Las únicas palabras que siempre me parecen satisfactorias al describir la Naturaleza son los términos usados en los libros de cuentos de hadas: embrujo, hechizo, encantamiento. Expresan perfectamente la arbitrariedad del hecho y su misterio.

Un árbol da fruto porque es un árbol mágico. El agua corre colina abajo, porque está embrujada. El sol brilla porque está hechizado. Niego absolutamente que esto sea fantasía o misticismo. Más adelante nos encontraremos con el misticismo; pero este lenguaje de los cuentos de hadas sobre las cosas es perfectamente racional y nada crédulo. Es el único modo en que se puede expresar con palabras mi clara y definida percepción de que una cosa es totalmente distinta de otra, que no hay conexión lógica entre volar y poner huevos.

Misticista es el que habla de una “ley” que nunca ha visto. Es más, el científico ordinario, en realidad, es un sentimental. Lo es en este sentido básico de que acepta o rechaza los datos dejándose llevar por puras asociaciones sentimentales. Ha visto tantas veces a los pájaros volar y poner huevos, que siente que ha de existir alguna fantástica e íntima conexión entre las dos ideas, pero no es así. Un infeliz enamorado puede llegar a ser incapaz de disociar la luna de su amor perdido; de la misma forma, el materialista es incapaz de disociar la luna de las mareas. En ambos casos, no hay más conexión que haber visto las dos cosas juntas.

Un sentimental podría echarse a llorar al oler los manzanos en flor, sólo porque, debido una oscura asociación mental, le recuerda su niñez. Así el profesor materialista (aunque reprima sus lágrimas) es también un sentimental, porque, debido a una oscura asociación mental, los manzanos en flor le recuerdan las manzanas. Pero el frío

racionalista del País de los Duendes no ve por qué los manzanos no pueden dar tulipanes rojos; porque eso sucede a veces en su tierra.

Esta elemental capacidad de asombro no es una fantasía extraída de los cuentos de hadas. Al contrario, toda la fuerza de los cuentos de hadas deriva de ella. De la misma forma que a todos nos gustan los cuentos de amor porque tenemos una inclinación amorosa, a todos nos gustan los cuentos maravillosos porque tocan la fibra de nuestra capacidad de asombro y maravilla. La prueba es que cuando éramos niños pequeños no necesitábamos cuentos de hadas: sólo necesitábamos cuentos. La vida normal nos parecía suficientemente fascinante. Un chico de siete años se emociona cuando le cuentan que Tom abrió la puerta y vio un dragón. Pero un niño de tres se asombra cuando le cuentan que Tom abrió la puerta. A los adolescentes les gustan los cuentos románticos, pero a los niños pequeños les gustan los cuentos realistas porque los encuentran románticos. De hecho, pienso que los niños pequeños pueden ser el único tipo de personas capaces de leer una novela realista moderna sin aburrirse.

Esto prueba que los cuentos infantiles son el eco de un salto casi prenatal de interés y de asombro. Los cuentos dicen que las manzanas eran doradas, sólo para refrescarnos la fascinación de aquel momento olvidado en que descubrimos que eran verdes. Hablan de ríos donde corre el vino, sólo para recordarnos, por un instante feliz, que lo que corre es agua. He dicho antes que esto es totalmente razonable y nada crédulo. Pero en este punto prefiero el mayor grado de incredulidad; cuyo mejor nombre es la Ignorancia.

Todos hemos leído en libros científicos y, por supuesto, en todo tipo de novelas, la historia de un hombre que había olvidado su nombre. Andaba por las calles y veía y se daba cuenta de todo, pero no podía recordar quién era. Pues bien, todo hombre es protagonista de esa historia y ha olvidado quién es. Entendemos el cosmos, pero no somos capaces de entender el yo. Nos es más lejano que cualquier estrella. “Amarás al Señor tu Dios” [dice el Primer Mandamiento], pero no te conocerás a ti mismo. Todos padecemos la misma calamidad mental: hemos olvidado nuestros nombres. Hemos olvidado lo que somos. Todo lo que llamamos sentido común y racionalidad, y sentido práctico y positivismo, sólo significa que en ciertos niveles muertos de nuestra vida, olvidamos nuestro olvido. Y todo lo que llamamos espíritu y arte y éxtasis, sólo significa que en algunos momentos sobrecogedores, recordamos nuestro olvido.

Pero aunque, como el hombre sin memoria de la novela, andamos por las calles con una especie de admiración medio dormida, al menos es admiración. Me refiero a la admiración en sentido inglés (asombro) y no sólo latino (reverencia). La capacidad de asombro es un componente de la alabanza. Es el siguiente mojón (piedra miliar) en nuestro itinerario a través del País de los Duendes. En el siguiente capítulo, hablaré sobre el optimismo y el pesimismo desde un punto de vista intelectual, en la medida en que es posible. Aquí sólo voy a intentar describir mis emociones, aunque son tan grandes que no pueden ser descritas.

La emoción más fuerte que sentí fue descubrir que la vida es tan preciosa como extraña. Que es un éxtasis porque es una aventura; y es una aventura porque es una oportunidad. La bondad de los cuentos de hadas no cambia porque haya más dragones

que princesas; lo importante es que sea un cuento de hadas. La prueba de la verdadera felicidad es que produce agradecimiento. Y yo me sentí agradecido, aunque apenas sabía a quién. Los niños se sienten agradecidos cuando Santa Claus deja en sus calcetines regalos, juguetes y dulces. ¿No podía yo estar agradecido a Santa Claus porque puso en mis calcetines el regalo de mis piernas? Agradecemos los cigarros y pantuflas que nos regalan en el aniversario de nuestro nacimiento, y ¿no podía yo agradecer el regalo de haber nacido?

Tenía entonces esos dos primeros sentimientos, inexplicables pero indiscutibles. El mundo era un choque, pero no era sólo chocante; y la existencia era una sorpresa, pero una sorpresa agradable. De hecho mis primeras impresiones están perfectamente expresadas en una adivinanza que tengo grabada en la mente desde niño. La pregunta era: «¿Qué dijo la primera rana?». Y la respuesta: «Señor, ¡qué saltos me haces dar!». Esto resume todo lo que estoy diciendo. Dios hace saltar a la rana, pero a la rana le gusta saltar. Una vez asentado esto, viene el segundo gran principio de mi filosofía del País de las Duendes.

Cualquiera lo entenderá si ha leído los cuentos de hadas de Grimm, o la estupenda colección de cuentos de Mr. Andrew Lang[11]. Por darme el gusto de ser pedante lo voy a llamar la Doctrina de la Felicidad Condicionada. Touchstone[12] dice que hay mucha virtud en un si... (*if*). Y según la ética de los Duendes toda virtualidad mágica empieza con un si... (*if*). La expresión característica del país de las hadas es siempre: “Puedes vivir en un palacio de oro y zafiro *si...* nunca pronuncias la palabra *vaca*”; o “serás feliz con la hija del Rey *si...* nunca ves una cebolla”. La promesa siempre depende de un veto. Todas las cosas fantásticas y vertiginosas que se conceden dependen de alguna pequeña cosa que se veta. Todas las asombrosas y apasionantes cosas que se van a conceder dependen de una sola cosa que está prohibida.

El señor W. B. Yeats[13], en su exquisita y aguda poesía élfica, describe a los Elfos (duendes) como gente sin ley; y los presenta en una especie de inocente anarquía, sobre desenfrenados caballos de los aires: «Cabalgan sobre la desmelenada cresta de los mares y danzan como lenguas de fuego sobre las montañas». Es tremendo tener que decir que el señor W. B. Yeats no entiende el País de las Hadas, pero no me queda otro remedio. Él es un irlandés irónico lleno de tics intelectuales y no es suficientemente cándido para entender ese país. Las hadas prefieren a los tipos simples como yo; gente que se queda pasmada, sonrío y hace lo que le dicen. El señor Yeats ve en *Elfland* la insurrección legítima de su pueblo irlandés. Pero el sin-ley de Irlanda es un sin-ley cristiano, se funda en la razón y en la justicia. El Fenian[14] se rebela contra algo que entiende demasiado bien; pero el verdadero ciudadano del País de las Hadas (*Fairyland*) obedece a algo que no entiende en absoluto.

En los cuentos de hadas, una felicidad incomprensible depende de una condición incomprensible. Si se abre la caja, saldrán todos los males. Se olvida una palabra y la ciudad perece. Se enciende una lámpara y desaparece el amor. Se corta una flor y la vida de una persona es arrebatada. Alguien come la manzana y la esperanza en Dios desaparece. Este es el tono de los cuentos de hadas y, desde luego, no es sin ley o en

pura libertad. Aunque a la gente que está sometida a las mezquinas tiranías modernas puede parecerle por comparación que es libertad. También a la gente que viene de la prisión de Portland puede parecerle libre Fleet Street[15]; pero si investigan un poco verán que tanto las hadas como los periodistas son esclavos del deber.

Las hadas madrinas son tan estrictas, por lo menos, como las madrinas de verdad. La Cenicienta recibió una carroza del País de los sueños, y un cochero de nunca-jamás, pero también una orden —que podría haber venido de Brixton[16]—: tenía que volver antes de las doce. También le dieron unos zapatos de cristal; y no puede ser coincidencia que el cristal sea una substancia tan común en el folclore popular: esta princesa vive en un castillo de cristal, la otra en una montaña de cristal; ésta ve todas las cosas a través de un espejo; y todas pueden vivir en casas de cristal, mientras no les tiren piedras. Porque el transparente brillo del cristal en todas partes expresa el hecho de que la felicidad es radiante pero tan frágil como esa materia que tan fácilmente se le rompe al ama de casa o al gato. Y este sentimiento del cuento de hadas me caló muy hondo y ha venido a ser mi sentimiento general hacia el mundo. Sentí entonces y siento ahora que la vida es tan radiante como el diamante, pero tan quebradiza como el cristal de una ventana[17]. Y todavía recuerdo que de niño cuando oía comparar los cielos con el cristal, temblaba. Tenía miedo de que Dios los dejara quebrar y caerse.

Hay que recordar, sin embargo, que ser quebradizo no es lo mismo que ser perecedero. Si se golpea un cristal, no durará nada, pero si se tiene cuidado en no golpearlo, puede durar mil años. Tal me parecía ser la alegría del hombre, tanto en el País de los Duendes como en nuestra tierra. La felicidad depende de no hacer algo que puedes hacer en cualquier momento, y que, con frecuencia, no entiendes por qué no debes hacer. La cuestión es que esto no me parece injusto. Si el tercer hijo del molinero dijera al hada: «Explicame por qué no me puedo poner cabeza abajo en el palacio encantado», el hada podría contestar: «Bueno, si estamos en estas, explicame tú el palacio encantado». Si la Cenicienta dijera: «¿Por qué tengo que dejar el baile a las doce?», su hada madrina le podría responder: «¿Y por qué tiene que estar allí hasta las doce?». Si en mi testamento legara a alguien diez elefantes que hablan y cien caballos que vuelan, no se podría quejar si las condiciones del testamento fueran algo extravagantes. Por ejemplo, si le prohibiera mirar los dientes de los caballos alados.

Me pareció entonces que la existencia es como una herencia extraordinaria. No me podía quejar de no entender los límites que marcaba mi nueva visión, cuando no era capaz de entender la visión que limitaban. El marco no era más extraordinario que la pintura. Es lógico que el veto fuera tan poco razonable como la visión que se me había dado; tan sorprendente como el sol, tan misterioso como las aguas, tan fantástico y tremendo como los grandes árboles.

Por esta razón (que podríamos llamar la filosofía del hada madrina), nunca me sentí identificado con lo que los jóvenes de mi generación llamaban el “espíritu de rebelión”. Estaba dispuesto a rebelarme —espero— contra todas las reglas injustas. Trataré sobre esto en otro capítulo. Pero no me sentía dispuesto a rebelarme contra toda regla sólo porque pareciera poco razonable o misteriosa.

Los Estados se mantienen firmes, a veces, gracias a reglas ridículas, como romper un bastón[18] o pagar un grano de pimienta[19]. Yo también estaba dispuesto a sostener el orden general de la tierra y de los cielos acatando alguna fantasía feudal. Nada me parecía más emocionante que el hecho de que se me permitiera contribuir de esa manera a mantenerlo en pie.

Voy a poner un solo ejemplo ético para mostrar lo que pensaba en aquel momento. Nunca pude sumarme a la crítica común entre las nuevas generaciones contra la monogamia, porque el que no hubiera limitaciones en el sexo me parecía más raro y extravagante que el sexo mismo. Que a alguien se le permita como a Endimión[20] ser el novio de la luna, y que luego se queje porque Júpiter guarda otras lunas en un harén, a mí, que me había alimentado con cuentos de hadas como el de Endimión, me parecía un vulgar anticlímax. Limitarse a una mujer es muy poco precio para ver una mujer. Lamentarse de que uno sólo puede casarse una vez, es como lamentarse de que uno sólo puede nacer una vez. No es coherente con la tremenda fuerza de lo que está en juego. Y no manifiesta excesiva sensibilidad por el sexo, sino más bien una sorprendente insensibilidad por él. Estaría loco el hombre que se lamentara por no poder entrar en el Edén por cinco puertas a la vez. La poligamia significa falta de realización del sexo. Es como el que pela cinco peras en el desayuno, una detrás de otra, sin darse cuenta de lo que hace.

Los estetas[21] han llegado hasta los límites más absurdos del lenguaje para elogiar las cosas bellas. Según declaran, un cardo silvestre les hace llorar y un escarabajo brillante los pone de rodillas. Pero su emoción nunca me ha llegado a emocionar. Por una simple razón: no dan nada por ella, no hay ningún tipo de sacrificio simbólico por ese placer que se les regala. Tendríamos que ayunar durante cuarenta días para alcanzar el don de oír a un pájaro cantar. Deberíamos atravesar un fuego para ser dignos de encontrar una violeta. Pero esos amantes de la belleza no son capaces de mantenerse sobrios ni un día para oír un mirlo, ni de pasar por el matrimonio cristiano para merecer una violeta. Seguramente, con sólo vivir la moral ordinaria, se podrían pagar las alegrías más extraordinarias. Oscar Wilde dijo una vez que las puestas de sol no tienen valor porque no somos capaces de pagarlas. Pero Oscar Wilde se equivocaba: podemos pagar las puestas de sol. Podemos pagarlas no siendo como Oscar Wilde.

Bien. Dejé aquellos cuentos de hadas por el suelo del cuarto de los niños y desde entonces no he encontrado libros más sensatos. Dejé a mi ama, guardiana de la tradición y de la democracia, y no he vuelto a encontrar ninguna persona tan sanamente radical y tan sanamente conservadora. Pero merece ser destacado esto: que cuando, por primera vez, salí a la atmósfera del mundo moderno, me encontré con que hay dos puntos en que ese mundo se opone radicalmente a mi ama y a mis cuentos infantiles. Y me ha costado mucho tiempo darme cuenta de que el que está equivocado es el mundo moderno y la que tenía razón era mi ama.

Lo más curioso es que el pensamiento moderno contradecía el credo básico de mi niñez en sus dos principios esenciales. Ya he explicado que los cuentos de hadas crearon en mí dos convicciones: la primera, que este mundo es un emocionante y tremendo lugar

que podría ser totalmente diferente, pero que es totalmente maravilloso. La segunda es que tanta emoción y maravilla merece que uno sea humilde y se someta a las extrañas condiciones de tan extraordinaria benevolencia. Pero me encontraba con que todo el mundo moderno, como una gran corriente, iba en contra de mis dos convicciones. Mi propio sentimentalismo y el golpe de este enfrentamiento crearon en mí, espontánea y repentinamente, dos sentimientos que he mantenido fielmente desde entonces, y que, con el tiempo, han pasado de ser sentimientos crudos a convicciones sólidas.

En primer lugar, me encuentro con que todo el mundo moderno se expresa como el fatalismo científico y dice que todo es desde siempre como tenía que ser, habiéndose desarrollado sin error desde el comienzo. La hoja del árbol es verde porque no podía ser de otro modo. Ahora bien, al filósofo inspirado en los cuentos de hadas, le hace feliz que la hoja sea verde precisamente porque podría haber sido escarlata. La siente como si se hubiera vuelto verde un instante antes de mirarla. Agradece que la nieve sea blanca precisamente porque podría haber sido negra. Cada color tiene su cualidad acusada y característica. El rojo de las rosas de jardín no es sólo inconfundible sino también dramático, como una salpicadura de sangre inesperada.

Siempre que ve la realidad, el filósofo de los cuentos siente que ha pasado algo. Pero los grandes deterministas del siglo XIX están muy en contra de ese sentimiento espontáneo de que ha sucedido algo un instante antes. Según ellos, nunca ha pasado realmente nada desde el comienzo del mundo. No ha ocurrido nada de particular desde que el mundo empezó a existir y tampoco están muy seguros sobre la fecha de este suceso. El mundo moderno con que yo me topaba era sólido debido al Calvinismo moderno, por la necesidad que imponía a las cosas de ser lo que eran. Pero cuando me puse a preguntar, me encontré con que en realidad no tienen otro argumento para probar la inevitable repetición de las cosas que el simple hecho de que efectivamente se repiten.

Pero a mí, esa pura repetición hacía que las cosas me parecieran más misteriosas en lugar de más racionales. Era como si, habiendo visto por la calle una nariz de forma curiosa y habiendo pensado que se trataba de un accidente, me hubiera encontrado a seis personas más con la misma nariz extraordinaria. Podría llegar a la conclusión de que pertenecían a una sociedad secreta local. Un elefante con trompa puede resultar raro, pero todos los elefantes con trompa me parecían una conspiración. Me refiero sólo a la sensación que tenía, una sensación a la vez persistente y sutil.

La repetición en la naturaleza me recordaba, a veces, la nerviosa repetición de un maestro enfadado que insiste una y otra vez en lo mismo. La hierba del campo parecía indicarme algo con todos sus dedos levantados; la multitud de las estrellas parecía inclinarse para que las entendiera. El sol quería que me fijara en él al levantarse miles de veces. Las repeticiones del universo surgían al ritmo frenético de un encantamiento, y empecé a vislumbrar una idea.

Todo el imponente materialismo que domina el pensamiento moderno se basa en el fondo en un solo presupuesto que además es falso. Se supone que si una cosa se repite es porque está muerta, como una pieza de relojería. La gente siente que si el universo fuera personal, variaría; que si el sol estuviera vivo, danzaría. Pero esto es una falacia también

en relación con los hechos que conocemos. En las cosas humanas, la variación no se produce por la vida sino por la muerte, por el decaimiento o la quiebra de sus esfuerzos o deseos. La gente cambia sus movimientos por pequeños fallos o fatigas. Toma el autobús porque se ha cansado de caminar; o camina porque se ha cansado de estar sentado. Pero si la alegría de su vida consistiera en ir a Islington[22] y esto nunca le cansara, iría a Islington con tanta regularidad como el Támesis va a Sheerness. El ritmo y la emoción verdaderas de su vida alcanzarían entonces la serenidad de la muerte.

El sol se levanta todas las mañanas. En cambio, yo no consigo levantarme todas las mañanas. La diferencia no se debe a mi vitalidad, sino precisamente a mi falta de vitalidad. Por expresarlo con una frase popular, puede ser que el sol se levante regularmente sólo porque nunca se cansa de levantarse. Su rutina puede deberse no a la falta de vitalidad sino precisamente a sus muchas ganas de vivir.

Lo que quiero decir se ve por ejemplo en los niños cuando encuentran un juego o broma que les gusta. Los niños suelen mover sin parar las rodillas, una contra otra, por exceso y no por defecto de vitalidad. Y precisamente porque a los niños les sobra vitalidad, y porque tienen un espíritu fiero y libre, buscan cosas que se repiten y no cambian. Siempre dicen: «Hazlo otra vez». Y la persona mayor tiene que volverlo a hacer hasta que se cansa. Porque la gente mayor no es suficientemente fuerte como para gozar con la monotonía. Pero Dios quizá sea suficientemente fuerte para gozar con la monotonía. Puede que Dios diga cada mañana al sol: «Hazlo otra vez»; y cada noche a la luna: «Hazlo otra vez». Puede que no sea la necesidad automática la que hace que todas las margaritas sean iguales; puede suceder que Dios las haga una por una y no se cansa nunca de hacerlas. Puede que tenga ese apetito eterno propio de la infancia. Nosotros hemos pecado y envejecido, pero nuestro Padre celestial es más joven que nosotros.

Puede que la repetición en la Naturaleza no sea algo necesario, sino como cuando en el teatro se obsequia con una repetición, un bis, al público que ha aplaudido. Puede que los cielos pidan una repetición al pájaro que pone un huevo. Si el ser humano concibe y cría un niño humano en lugar de un pez, un murciélago o una quimera, la razón puede no ser que estemos fijados por una fatalidad animal sin vida ni sentido. Puede ser que nuestra pequeña tragedia haya impresionado a los dioses, que siguen la escena desde sus altos palcos y así al terminar cada drama humano, piden una y otra vez que el actor vuelva a salir a escena. Puede suceder que la repetición suceda por millones de años, por pura elección y que, en un instante cualquiera, termine. Puede suceder que el hombre permanezca sobre la tierra generación tras generación y, sin embargo, que cada nacimiento sea como la última repetición.

Esta era mi primera convicción; forjada por el choque de mis emociones infantiles con el credo moderno del cientifismo que me encontré en la mitad del camino. Yo había sentido siempre vagamente que los hechos eran, en realidad, milagros en el sentido de que son maravillosos. Ahora empecé a pensar en ellos como milagros en el sentido estricto de que eran deliberadamente queridos. Pensé que eran o podían ser los repetidos actos de una voluntad. En una palabra: siempre había creído que en el mundo había magia, pero ahora empecé a pensar que quizá había un mago. Esto me llenaba de una

emoción profunda siempre presente y subconsciente: pensar que este mundo nuestro tiene sentido; y que, si tiene sentido, es porque detrás hay una persona. Siempre sentí la vida antes que nada como un cuento y si hay un cuento, tiene que haber un autor.

Pero el pensamiento moderno también atacó mi segunda tradición humana: mis convicciones sobre los límites y condiciones que se imponen en el mundo de las hadas. En contra de esto, hablaban de una expansión y una amplitud sin límites. Herbert Spencer[23] se hubiera enfadado mucho si le hubieran llamado imperialista. Es una pena que nadie lo hiciera, porque era un imperialista del tipo más vulgar. Popularizó la triste idea de que hay que orientar nuestra piedad hacia el inmenso tamaño del sistema solar en lugar de hacia las creencias espirituales sobre el hombre. Pero ¿por qué tiene el hombre que subordinar su dignidad al sistema solar más que, por ejemplo, a las ballenas? Si el tamaño prueba que el hombre no es imagen de Dios, entonces una ballena puede ser imagen de Dios; ciertamente, sería una imagen algo deforme, como un retrato impresionista. Es una ridiculez argumentar que el hombre es pequeño comparado con el cosmos; porque el hombre es pequeño comparado con el árbol más cercano. Pero Herbert Spencer en su improvisado imperialismo insistía en que nosotros en cierto modo hemos sido conquistados e incorporados al universo cósmico. Hablaba sobre los hombres y sus ideales exactamente como el más insolente unionista hablaría sobre Irlanda y sus ideales. Convertía a la humanidad en un pequeño nacionalismo. Y su mala influencia se nota en el más dotado y respetable de los últimos autores científicos, especialmente, en las primeras novelas de Mr. H. G. Wells[24]. Muchos moralistas han exagerado presentando la tierra pervertida, pero Mr. Wells y su escuela han presentado los cielos pervertidos. Tenemos que levantar nuestros ojos hacia las estrellas, pero ahora en lugar de venir de allí nuestra salvación[25], vendrá nuestra ruina.

El expansionismo del que estoy hablando es mucho peor que todo esto. Ya he señalado que el materialista, como el maniático, vive en una prisión, la prisión de una sola idea. A esa gente le parece singularmente inspirado mantener que esa prisión es muy amplia. Pero por grande que piensen su universo científico, no hay sitio para novedades ni desahogos. El cosmos seguirá su curso, y en todas sus inmensas constelaciones, no se podrá encontrar nada realmente interesante, nada, por ejemplo, como el perdón y la voluntad libre. Al destacar la grandeza o incluso la infinitud de su cosmos, no le añaden ningún atractivo. Es como decir que un prisionero en la cárcel de Reading se va a alegrar al saber que la cárcel abarca la mitad del país. El guardián sólo le podrá enseñar pasillos cada vez más largos de piedra, iluminados con luces mortecinas y desprovistos de todo rastro humano. Del mismo modo, esas sucesivas expansiones del universo no tienen nada que valga la pena excepto más y más pasillos en el espacio, iluminados con soles mortecinos y desprovistos de todo rastro divino.

En el País de los Duendes había una ley de verdad, una ley que uno se podía saltar, porque la ley, por definición, es algo que uno se puede saltar. Pero la maquinaria de esta prisión cósmica no hay modo de saltársela; porque se supone que nosotros también somos piezas de la maquinaria. Entonces o somos incapaces de hacer las cosas o no podemos más que hacerlas. La posibilidad de que exista una condición espiritual (*if*)

desaparece por completo. En consecuencia, no tienen sentido ni el empeño por cumplir la ley ni la satisfacción de saltársela.

La amplitud de este universo no tiene nada de la frescura y del ímpetu del aire libre que apreciamos en el universo de los poetas. Este universo moderno es literalmente un “imperio”, es decir, un enorme espacio donde no hay libertad. Uno vaga por inmensas habitaciones sin ventanas; inmensas en sentido babilónico, donde nunca encuentra apertura ni rendija por la que entre el aire. Como unas paralelas inmensas e infernales, podrían prolongarse sin límite, mientras que para mí todas las cosas buenas acaban en punta, como las espadas, por ejemplo. Al tropezarme con el orgullo de este enorme cosmos tan opuesto a mis sentimientos, comencé a combatirlo, y pronto comprendí que toda la postura era tan superficial como cabía esperar.

Según esta gente, el cosmos se mantiene así desde el primer momento, cuando comenzó a existir quebrantando una regla. Mientras existe —dicen— es la única cosa que hay. Entonces —digo yo— ¿por qué hay que asombrarse de que sea enorme? En realidad, no hay nada con que compararlo. Igual de exacto y sensato sería considerarlo pequeño. Uno puede decir: «Me gusta este inmenso cosmos, con su enorme cantidad de estrellas y la variada multitud de sus criaturas». Pero, por la misma razón, podría decir: «Me encanta este cosmos tan pequeño, con un número de estrellas tan medido y esa proporción de criaturas tan agradable». La primera frase es tan verdadera como la segunda: sólo expresan sentimientos. Alegrarse de que el sol sea mucho más grande que la tierra es sólo un sentimiento; y es igualmente válido alegrarse de que el sol no sea más grande de lo que es. Si una persona prefiere emocionarse con la amplitud del mundo; ¿por qué no puede emocionarse otra por su pequeñez? De hecho, era lo que a mí me sucedía. Cuando uno le toma cariño a algo tiende a llamarlo con diminutivos, ya sea un elefante o un lancero de la Guardia Real. La razón es que cualquier cosa que uno se imagine completa, por enorme que sea, puede pensarla pequeña. Si los bigotes del militar nos hicieran olvidar su lanza o los colmillos del elefante nos hicieran olvidar su cola, entonces el objeto podría parecernos enorme, porque podría ser ilimitado. Pero en el momento en que puedes imaginar al lancero completo, lo puedes imaginar pequeño. Y en el momento en el que ves al elefante entero, puedes llamarle “monada”. Si puedes hacer una estatua, también puedes hacer una estatuilla.

Este tipo de materialistas defienden que el universo es coherente, pero no le tienen afecto. Yo en cambio le tenía un cariño loco y, por eso, tendía a expresarme con diminutivos. Lo había hecho a menudo, pero nunca me había dado cuenta. Actualmente, me parece que esos oscuros dogmas sobre la vitalidad quedarían mejor expresados si habláramos del mundo como algo pequeño en lugar de grande. Porque respecto a lo infinito, se tiene una especie de descuido que es lo contrario de los sentimientos de aprecio y ternura que yo sentía por la vida, tan inapreciable como expuesta a tantos peligros. Ellos hablaban como si se pudiera gastar de cualquier manera. Mientras que yo me sentía inclinado a una especie de ahorro sagrado. La economía es mucho más romántica que el despilfarro. Para ellos las estrellas eran un depósito inagotable, como si valieran a medio penique [de cobre] cada una, pero yo sentía el sol dorado y la luna

plateada con la emoción de un chico que ha conseguido una guinea [de oro] y un chelín [de plata].

Estas convicciones subjetivas quedarán mejor expresadas con el colorido de algunos cuentos. Ya he dicho que sólo con esos cuentos sobre magos soy capaz de expresar mi sentimiento profundo de que la vida es no sólo un placer sino también una especie de privilegio exquisito. Ahora quiero expresar este sentimiento refiriéndome a otro libro infantil de siempre, *Robinson Crusoe*[26], que también leí de niño. El libro debe su permanente encanto a que celebra la poesía de lo limitado y además es una apasionada novela sobre la prudencia. Crusoe es un hombre que vive en una pequeña isla, con las pocas comodidades que ha podido salvar del mar. Lo mejor del libro es, precisamente, la lista de las cosas salvadas del naufragio. Ese inventario resulta el mejor poema. Cada objeto de cocina se convierte en algo maravilloso, porque Crusoe podía haberlo perdido en el mar. Es un buen ejercicio para las horas muertas o bajas del día: mirar cualquier cosa, la papelera o la estantería de los libros, y pensar qué satisfecho estaría uno si la hubiera rescatado del barco hundido y traído a la isla solitaria. Pero todavía es mejor ejercicio recordar que todo se ha salvado por un pelo.

Todo ha sido salvado de un naufragio. Cada persona ha pasado por una tremenda aventura: con un nacimiento prematuro, donde podía no haber sido, como los niños que nunca ven la luz. La gente hablaba mucho en mi niñez de hombres geniales que se habían quedado a medio camino o se habían echado a perder. Era frecuente decir que muchos hombres eran un “Podía Haber Sido Grande”. Para mí, tiene más fundamento y es más emocionante pensar que toda la gente que nos encontramos por la calle es un gran “Podía No haber Sido”.

Pero lo que realmente siento (aquí la fantasía puede parecer locura) es que todo el orden y número de las cosas que existen son como los románticos restos del barco de Crusoe. El hecho de que existan dos sexos y un solo sol, es como si hubiéramos rescatado dos rifles y un hacha. Era vital que no se perdiera ninguna de estas cosas, y emociona pensar que no se pudieron salvar otras. Los árboles y los planetas me parecían restos salvados del naufragio; y cuando pude ver el monte Cervino [en Suiza], me alegré de que no se hubieran olvidado de él en medio de la confusión. Me sentía avaro de las estrellas como si fueran zafiros (que es como las llama Milton en su *Paraíso*[27]). Y atesoraba montañas. Porque el universo es una joya única, y si se suele elogiar una gran joya diciendo que es incomparable y no tiene precio, eso es literalmente cierto de la joya que hablamos. Este cosmos, desde luego, no tiene comparación posible ni precio, porque no hay otro.

Así concluyo, con inevitable imperfección, mi intento de decir lo indecible. Estas eran las últimas actitudes que había adquirido hacia la vida; este era el suelo dispuesto para la siembra de la doctrina. Esto es lo que, de una manera oscura, pensaba antes de poderlo escribir y sentía antes de poderlo pensar. Pero para que podamos avanzar más fácilmente después, quiero resumirlo ahora brevemente.

En primer lugar, sentía en mis huesos que este mundo no se explica por sí mismo. Puede ser un milagro, es decir tener una explicación sobrenatural. Puede ser un truco de

magia, es decir tener una explicación natural. Pero si se trata de un truco de magia, para satisfacerme, tenía que ser mejor que las explicaciones naturalistas que había oído. Se trataba, por tanto, de algo mágico, ya fuera auténtico o con truco.

En segundo lugar, llegué a sentir como si lo mágico tuviera sentido; y ese sentido reclamaba alguien que lo hubiera pensado. Tenía que haber algo personal en el mundo, como lo hay en una obra de arte: y fuera el que fuera su sentido, era un sentido fascinante.

Tercero. Me parecía que el sentido del mundo, de antiquísimo designio, era hermoso a pesar de sus defectos, como sucede con los dragones.

Cuarto. Entendí que la forma más adecuada de agradecerlo era conducirme con humildad y moderación. Teníamos que agradecer a Dios la cerveza y el Borgoña, pero sin beber demasiado. Debemos obediencia al que nos ha hecho, quien quiera que sea.

Al final, lo más extraño que sucedió en mi mente fue que, de alguna manera, todo lo bueno me parecía como el resto que se había conservado, algo sagrado después de una catástrofe primordial. El ser humano había salvado sus bienes como Crusoe había salvado los suyos, de un naufragio. Todo esto era lo que sentía, aunque mi época no me ayudaba a sentirlo. Y en todo ese tiempo, no se me pasó por la cabeza la doctrina cristiana.

[1] En inglés, *Elfland*, el País de los Elfos o el País de los Duendes. En castellano, también el País de las Hadas. Los elfos han sido popularizados por Tolkien con *El Señor de los Anillos*, pero también se han convertido en caballeros guerreros, al recuperar sus antiguas raíces mitológicas. En los cuentos europeos para niños, a los que se refiere Chesterton en este capítulo, los elfos o duendes son figuras menudas, huidizas, traviesas e infantiles, con orejas puntiagudas, que se ocultan en los objetos más dispares y expresan el aspecto misterioso y encantado de las cosas.

[2] Se refiere a las doctrinas eugenésicas, que ya entonces, intentaban controlar la calidad biológica de la población.

[3] Famoso club de Londres, fundado en 1832. Lugar tradicional de encuentros y comidas de políticos y nobles conservadores.

[4] Cuento inglés muy popular, de comienzos del siglo XVIII, inspirado en otras leyendas y ambientado en la época del Rey Arturo.

[5] Cántico de alabanza de santa María a Dios, que aparece en el Evangelio de san Lucas (1, 46-55).

[6] Cuento de origen francés, conocido desde el siglo XVII, muy popular en toda Europa.

[7] Cuento antiguo con versiones por todo el mundo occidental, recogido por Perrault y los hermanos Grimm. Una niña desgraciada y maltratada por sus hermanastras encuentra la ayuda de un hada para presentarse al baile del Príncipe. El hada le facilita el vestido de baile y una carroza con caballos convirtiendo una calabaza y unos ratones. Llevada al cine por Walt Disney.

[8] Ernst HAECKEL (1834-1919) fue un científico y pensador materialista alemán, ferviente evolucionista y partidario de Darwin. Hizo algunas aportaciones interesantes a la entonces hipótesis de la evolución y la vio como la confirmación de que todo se explica por las leyes físicas.

[9] Jacob GRIMM (1775-1863) fue un gran filólogo alemán y también un famosísimo recopilador de leyendas y cuentos antiguos. La ley se refiere a algunas transformaciones fonéticas entre el gótico y el alemán.

[10] Se refiere a Thomas Henry Huxley (1825-1895), que fue naturalista y pensador evolucionista de corte materialista. Siendo él mismo en gran parte autodidacta, postuló la importancia de la formación científica y el método científico en las escuelas e influyó mucho en la educación británica a finales del XIX. El pensador y novelista Aldous Huxley (1894-1963) fue nieto suyo.

[11] Andrew LANG (1844-1912) literato escocés, conocido por haber recopilado y recompuesto cuentos y leyendas tradicionales británicas, al estilo de los hermanos Grimm en Alemania y Perrault en Francia.

[12] Bufón que Shakespeare hace aparecer en la comedia *Así es si así os parece* (*As you like*), acto v. Touchstone significa literalmente “piedra de toque”.

[13] William Butler YEATS (1865-1939) poeta irlandés, con un toque de misticismo pagano. Figura representativa del renacimiento literario irlandés. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1923.

[14] Movimiento liberacionista irlandés fundado en Dublín a mediados del siglo XIX. Combatió la aplicación en Irlanda de leyes inglesas, que resultaban muy injustas.

[15] Famosa calle de los periodistas en Londres, porque había entonces muchas redacciones de periódicos y muchos pubs donde acudían los periodistas. Chesterton estuvo por allí muchos años.

[16] Barrio del sur de Londres, lleno de grandes y elegantes casas en la época victoriana. Cuando publica Chesterton su *Ortodoxia* (1908), todavía conservaba su esplendor que luego perdería.

[17] Hasta los años setenta del siglo XX, los cristales de las ventanas se sujetaban con una masilla poco eficaz y se quebraban con facilidad.

[18] Probablemente se refiere a la larga vara blanca que lleva el Lord Great Chamberlain de la Casa Real Británica cuando acompaña al Rey. Es costumbre que la rompa en cuanto se entierra al Rey en la Capilla del Castillo de Windsor, en señal de que ha perdido su potestad. Se considera muy grave que se le rompa por cualquier otro motivo.

[19] El *peppercorn* (grano de pimienta) se usa tradicionalmente en contratos como cantidad mínima simbólica por recibir una concesión o alquilar una propiedad. Desde hace cientos de años, la Universidad de Bath paga al condado de Bath un grano de pimienta al año, por los terrenos.

[20] En la versión más popular de este mito griego, Endimión es un pastor tan hermoso que la luna se enamora de él y lo visita mientras duerme, iluminándolo con sus rayos. Enterado y conmovido por ese amor, Endimión decide vivir para siempre dormido.

[21] Se refiere al grupo de poetas británicos de la última década del XIX, que se suelen agrupar en *Aesthetes and Decadence*, alrededor de la figura del poeta irlandés Oscar Wilde. Quisieron practicar una estética naturalista, amoral y hedonista y se sentían superiores al intentar escandalizar a la burguesía que consideraban vulgar y filistea (*philistine*).

[22] Pequeño y céntrico distrito al norte de Londres.

[23] Herbert SPENCER (1820-1903), famoso naturalista y pensador inglés. A principios de siglo XX era conocido por promover un sistema “sintético” que quería reunir filosofía y ciencia con un espíritu positivista. Representaba una posición progresista y apartada de la fe cristiana, aunque se consideraba deísta. Atento a los avances científicos de su tiempo (la termodinámica) concebía la naturaleza como un sistema de leyes inexorables que gobiernan todo (física, biología, psicología y sociología) y conducen necesariamente al progreso. Era también opuesto al imperialismo inglés. Hoy es más conocido por ser promotor del evolucionismo, antes que Darwin, y haber difundido la idea de la “supervivencia del mejor adaptado”.

[24] Herbert George WELLS (1866-1946) es famoso por sus novelas de ciencia ficción, como *La máquina del tiempo* (1895) o *La guerra de los mundos* (1898). Pensador naturalista, progresista y antivictoriano. En *La guerra de los mundos* refleja los peligros de la técnica y la insuficiencia de la religión tradicional.

[25] Alusión al *Salmo* 122: “A ti levanto mis ojos... esperando tu misericordia”.

[26] Célebre novela de aventuras del escritor inglés Daniel DEFOE, publicada en 1719. Basada en hechos reales, recuerda el naufragio y la supervivencia del protagonista, Robinson Crusoe, en lo que parecía una isla desierta pero no era así.

[27] *El paraíso perdido*, de John MILTON (1608-1674), es un largo poema bíblico sobre la creación del mundo y el pecado de los primeros hombres, Adán y Eva, y un gran clásico de la literatura inglesa.

G. K. CHESTERTON (1874-1936) es considerado uno de los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura anglosajona. Crítico, novelista y poeta, trabajó como periodista y fundó su propio semanario. A su lucidez para crear relatos se suma su ironía y su sentido del humor, que lo convierten en un maestro de la alegoría y la paradoja. Se convierte al catolicismo en 1922.

JOSÉ BRAGE



# EL EQUILIBRIO INTERIOR

PLACER Y DESEO A LA LUZ DE LA TEMPLANZA

RIALP

# El equilibrio interior

Brague Tuñón, José

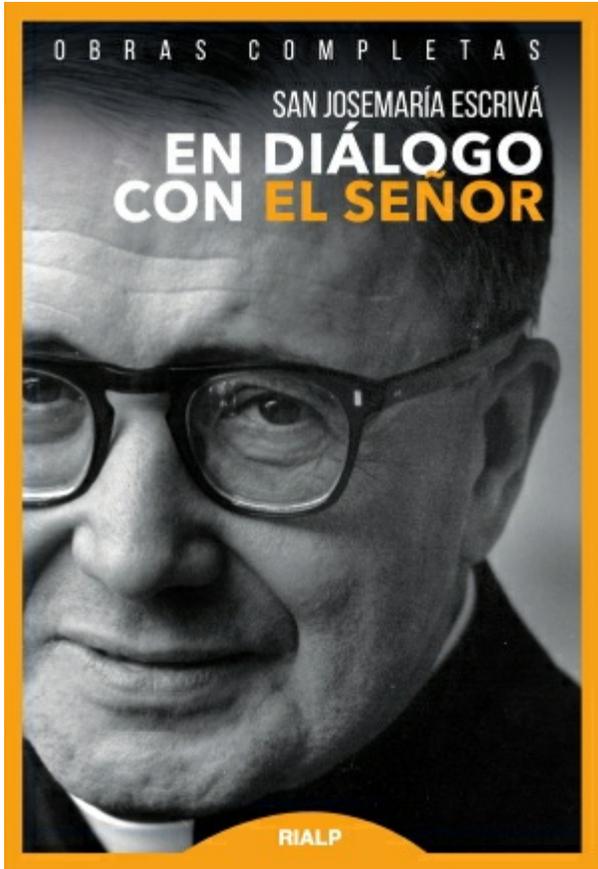
9788432146336

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Todo lo bueno, o es pecado o engorda. En estas páginas, el autor trata de demostrar que es más bien el capricho y el exceso lo que estropea, defrauda... y engorda. El equilibrio es la clave del máximo placer compatible con la libertad y la felicidad, y el nombre de ese equilibrio en la comida, en la bebida y en la vida sexual es templanza. El equilibrio interior constituye un texto revolucionario, al defender lo contrario a lo establecido por el pensamiento dominante: la moderación y la virtud es el camino para alcanzar una vida plena; el deseo y las demás pasiones son algo maravilloso y positivo, que solo producirán sus mejores efectos si se persiguen de un modo razonable. La templanza, por tanto, se manifiesta como una clave indispensable para la felicidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

San Josemaría Escrivá de Balaguer

# Amar al mundo apasionadamente

Con un Prólogo de Mons. Javier Echevarría  
y un Análisis del Prof. Pedro Rodríguez



RIALP

# Amar al mundo apasionadamente

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432141812

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro es una edición especial de la célebre homilía predicada por San Josemaría Escrivá en el Campus de la Universidad de Navarra, en 1967. Se ha preparado con ocasión del 40º aniversario del día en que la pronunció. En esta edición, la homilía va precedida de un Prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, y acompañada de un análisis del Prof. Pedro Rodríguez, que constituye una guía para su lectura actual. "El Fundador del Opus Dei preparó esa homilía con mucho interés (...), deseoso de llegar al corazón y a la mente de los que iban a escucharle en Pamplona. Ese texto, plenamente embebido de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del espíritu del Opus Dei, fue considerado por muchos comentaristas como la carta magna de los laicos (...). Esta homilía de San Josemaría no sólo conserva su frescura y fuerza originales, sino que se muestra más actual que nunca." (del Prólogo de Mons. Javier Echevarría). Desde 1968 se incluye este texto en Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn

21.ª edición

# ROMA DULCE HOGAR



Nuestro camino  
al Catolicismo

RIALP

# Roma, dulce hogar

Hahn, Scot

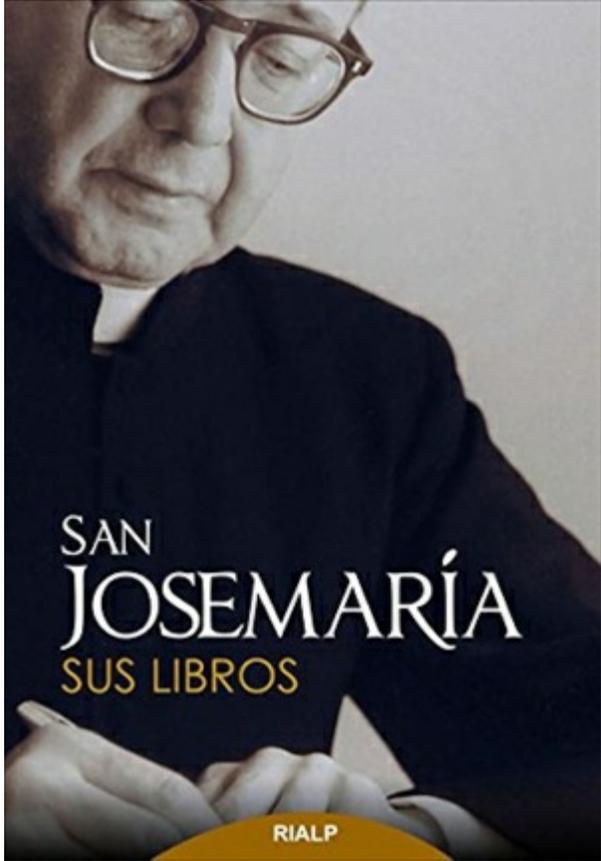
9788432150098

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn -un matrimonio norteamericano- ofrecen el testimonio cálido, alegre y realista de su conversión al catolicismo. Formados en la Iglesia presbiteriana, inician una peregrinación espiritual que transforma toda su vida; es un camino de búsqueda de la verdad y adhesión a la voluntad divina, que culminó en la inmensa alegría de ser recibidos en la Iglesia católica. Desde entonces, los Hahn ofrecen charlas por todo su país y graban cintas que se difunden por el mundo entero. Miles de personas han podido así conocer tanto su experiencia, como las verdades y la belleza de la fe católica. Éste es el relato de su historia, y atrae al lector desde el comienzo. Es una motivadora invitación a tomarse más en serio la fe, a vivirla de forma más plena, y a compartirla con los demás. La edición original en inglés se ha traducido a otras muchas lenguas, como el francés, el italiano, el alemán o el chino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# San Josemaría. Sus libros

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432144950

3021 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), sacerdote, fundó el Opus Dei en 1928 y fue canonizado por Juan Pablo II en 2002. Sus libros han sido traducidos en numerosas lenguas, y siguen reeditándose en todo el mundo (Camino , el primero de ellos, supera ya los cinco millones de ejemplares, en más de 50 idiomas). San Josemaría. Sus libros reúne en un solo libro digital sus escritos (Camino, Surco, Forja, Es Cristo que pasa, Amigos de Dios, Santo Rosario, Via Crucis y Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer), e incluye un índice general por materias y un índice de búsqueda de comentarios a textos del Antiguo y Nuevo Testamento en todos sus libros.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

|                                    |    |
|------------------------------------|----|
| PORTADA INTERIOR                   | 2  |
| CRÉDITOS                           | 3  |
| ÍNDICE                             | 4  |
| PRÓLOGO                            | 5  |
| LA ÉTICA EN EL PAÍS DE LOS DUENDES | 7  |
| AUTOR                              | 25 |